

CRITICA TEATRAL.—

## La Cigüeña También Espera

Sergio Vodanovic, autor de la obra que se representa en el Teatro SATCh, es uno de los dramaturgos jóvenes de Chile de más prometedoras condiciones y de vena más fácil y espontánea. En las tres piezas estrenadas hasta ahora, "El senador no es honorable", "Mi mujer necesita marido" y "La cigüeña también espera", ha demostrado su dominio de los elementos esenciales del género.

Posee la última comedia un lenguaje fluido, fantasía en la urdimbre de la intriga, gracia natural, seguridad de construcción, modernidad y buen gusto. Por todo ello es más necesario señalar los defectos que a nuestro juicio marcan una dramaturgia carente aún de la maestría que sólo da la experiencia.

Uno de los reproches corresponden más al género que al mismo autor. Sin duda el teatro incluido en la corriente llamada de "boulevard", porque en él fructifica, sacrifica a los resultados inmediatos la calidad perdurable. Interesa la fábula, sobre todo, dirigida siempre a descargar la risa del espectador. Obviamente los personajes de esta comedia-vaudeville del autor chileno viven al servicio de la realidad efímera y están modelados según un esquema previo de naturaleza caricaturesca en algún caso. Tal, por ejemplo, don Humberto con su manía militarista.

El efecto de una conquista amorosa en la cual se emplea la táctica castrense y el argot profesional ("plaza sitiada", "retirada estratégica", "resistencia", etc.) es de resultado fácil y ha sido muy repetido por los autores digestivos.

"Mi mujer necesita marido" nos pareció superior a "La cigüeña también espera". No hay nada en ésta equivalente al brillante primer acto de aquella comedia. Se mantiene Vodanovic en el dominio del lenguaje y en la gracia espontánea y leve. Por momentos, empero, el interés decae y las situaciones sin variación ostensible se mantienen hasta producir tedio en las escenas finales.

No somos contrarios, por sistema, al "vaudeville", pero sí del privilegio que parece dar un género para acudir a los recursos acomodaticios y baratos. La conquista que Nelly pretende hacer de Enrique a los pocos minutos de llegar a la casa de aquél y los episodios de sus artimañas carecen de matices y, aún concediendo todas las convenciones propias del género, la historia aparece en cierto modo inverosímil. Aclaremos. No negamos con esto el derecho a lo improbable, pero cabe exigir que lo sucedido en escena sea teatralmente verosímil y condicionado por el desarrollo de la acción.

Pese a tales objeciones, la obra se ve con gusto. La natural fluencia del diálogo sometido inexorablemente a los hechos, sin frases de relleno, y la gracia de las situaciones constituyen el núcleo valioso de la comedia.

La mejor condición que nosotros vemos en Sergio Vodanovic está en su capacidad de observador. Todo buen dramaturgo sabe extraer de la vida corriente los elementos de su teatro. Allá donde los demás sólo ven cosas intrascendentes e inanes están los efectos dramáticos y los recursos targetiales a la línea central de la obra. Decía Racine que la mejor acción teatral es aquella "peu chargée de matière". El pequeño episodio de los regalos recibidos por los novios, constituidos todos ellos por vasos de "cóctel", o el del tren para el futuro hijo, proceden sin duda de tal capacidad de observación.

Nelly, personaje que es como el trasunto de la muchacha moderna, desenvuelta, liberada de prejuicios y atiborrada de lecturas científicas que no comprende, es prueba igualmente de lo que decimos.

Dada la escasez de peso específico de la pieza y su carácter de bagatela, la interpretación exige poco de los actores.

El desempeño de María Maluenda, Shenda Román, Rafael Frontaura y Jorge Quevedo corresponde al perfil ligero de la obra. Hay en ellos desenvoltura. Y por momentos, el juego contrastado de los personajes (tranquilidad y reposo en Frontaura, dinamismo en Shenda Román), marca el ritmo alterado de la acción. María Maluenda muestra su experiencia y Jorge Quevedo mantiene a lo largo de la fábula el carácter divertido del tipo que sufre cierta deformación profesional. La actuación de Silvio Juvesi es irregular.

La escenografía es de todo punto inadecuada a la situación social que parece derivarse del texto. Se dirá que esto son minucias. Pero en el teatro todo debe contribuir a crear la atmósfera. Tampoco nos parece baladí señalar que no se dice "cónyuge", sino "cónyuga". Y lo advertimos porque en "El enfermo imaginario", un actor cae también en idéntica falta. La primera condición de quien actúa ante el público y hace del verbo su instrumento está en el recto empleo de las palabras.